

## Terrorismo y democracia

Machaconamente se nos dijo que el terrorismo era una protesta contra el régimen del 18 de julio y que acabaría en cuanto tuviéramos un sistema pluripartidista. Mentira. Lo cierto es que el terrorismo no ha cesado de crecer después del cambio político. Se nos dijo, hasta la ronquera, que el terrorismo era una reacción contra el centralismo castellano y que se extinguiría al reconocerse nacionalidades y otorgarse autonomías. Mentira. La verdad es que desde la aprobación de los Estatutos se ha recrudecido y extendido el terrorismo. Se nos dice ahora, con la monotonía de una consigna, que el terrorismo pretende derrocar la democracia parlamentaria e instar al Ejército a establecer un régimen de autoridad. Esta afirmación es tan falsa como las anteriores y, además, vil.

Los confesos protagonistas del terrorismo, los que reivindican sus acciones, son la ETA y el GRAPO. El programa oficial de la primera es la creación de un Estado marxista vasco, una especie de Albania racista. Aseñó al almirante Carrero Blanco, que no era ningún símbolo del parlamentarismo partidocrático, ahora presuntamente amenazado. El enemigo de la ETA no son, pues, ni las instituciones autoritarias ni las liberales: es el Estado español en cuanto tal. Es falso que el móvil sea derrocar esta democracia; es demoler el Estado español, sea cual fuere su fórmula constitucional. Ni engañemos ni nos engañemos, porque no serviría para nada bueno; al contrario.

GRAPO significa Grupos Revolucionarios Antifascistas Primero de Octubre. Por propia definición los demócratas son antifascistas y, hasta ahora, no ha habido quien se autocalifique de antifascista y no se presente también como demócrata. El GRAPO, según su propia denominación, no es antidemocrático. Muchos hombres de esta organización han sido identificados y aun juzgados y condenados, y el carácter izquierdista de todos ellos es rotundo e irrefragable. Su objetivo no es, como ahora se nos repite, minar esta democracia; es resquebrajar el principio de autoridad, independientemente de su signo ideológico, y generalizar el malestar social sin distinción de clases. No ataca a una forma de gobierno, sino al Estado. Atribuir a este grupo el propósito de estimular la formación de un Gobierno militar en España sería un simple despropósito si, además, no fuese un insulto a las Fuerzas Armadas suponerles tal aliado.

Tanto la ETA como el GRAPO golpean preferentemente a los Ejércitos. Serían suicidas si pretendiesen fomentar así la toma del poder por aquellos a quienes hostigan, y que son, por añadidura, los más capacitados para hacerles frente. El terrorismo no es derechista, como aviesamente acaba de afirmar un dirigente del comunismo español; es típicamente izquierdista en su etiqueta y en su programa. Y el terrorismo no es militarista, como bordonea el coro de inspiración marxistoide, sino frenéticamente antimilitarista.

Estamos ante una campaña de mendacidad tan desenfadada que parece presuponer la subnormalidad mental del pueblo español.

¿Qué se pretende con estas monumentales falsificaciones? ¿Asociar a las Fuerzas Armadas con el terrorismo y desprestigiar una de las pocas instituciones con que todavía cuenta la sociedad española? ¿Defender a los terroristas presentándolos como avanzadillas del Ejército? ¿Afirmar que el modelo democrático vigente es más importante que el Estado y que España? ¿Envilecer y acusar de terrorismo, como ya hizo en triste ocasión un popular humorista, a quienes creen que la Constitución vigente no es viable y que debe ser reformada? ¿Hacer del terrorismo el chivo expiatorio de los errores de otros? ¿Convertir

el creciente deterioro nacional en combustible para consumir aún más al Estado y para reanimar a los responsables de la dramática crisis que padecemos? Resulta muy difícil determinar cuál de estas infortunadas hipótesis es peor.

Esta falsedad no es la primera, ni siquiera la de mayor volumen; es la más reciente entre las muchas de ámbito nacional con que se viene martilleando los oídos de nuestro pueblo. La política no puede sostenerse de la mentira, porque cabe engañar a algunos durante algún tiempo; pero no a todos y siempre. La mentira social continuada provoca primero el desencanto, luego la frustración y finalmente la ira. Es una dialéctica que nuestro país ha conocido varias veces desde la Constitución de Bayona. Ahora estamos rebasando la segunda fase y aproximándonos a la de la cólera. Para detener este proceso hay que frenar la fuga de la clase dirigente hacia la manipulación mendaz, hay que retornar a la realidad y decir a los españoles la verdad.

Una verdad es que muchos se han equivocado o han mentido, con lo que han perdido la credibilidad y la legitimidad, y si algo hay que cambiar deberían hacerlo los que han acertado y han sido sinceros. Otra verdad es que esta democracia es una de las muchas posibles, se ha construido mal y hay que reformarla. Una verdad no menos importante es que hoy el problema nacional prioritario no consiste en defender esta democracia, como afirma el círculo de sus autores y administradores, sino en defender a los españoles y a su Estado. Y otra verdad, acaso la más penosa, es que los terroristas que, con el beneplácito de algunos y el perdón de muchos, empezaron siendo los banderilleros de nuestra piel de toro, no son los que la están llevando a las tablas, sino los que aspiran a apuntillarla.

Durante el último quinquenio, para mantener a flote el globo del cambio político, no ha cesado de lanzarse bagaje estatal por la borda: amnistías, autonomías, la pena de muerte, equipos humanos, capitales, autoridad, dignidad histórica, valores nacionales y éticos, etc. Ahora parece que se pretende arrojar al Ejército. ¿Qué acontecería si en la barquilla desmantelada y desarmada sólo quedase la letra intacta de la Constitución? Esa sería la hora del triunfo terrorista, porque su víctima propiciatoria no es una democracia; es el Estado.—Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA.